

beriscas del desierto. La guerra entre la gente del Ribat (nombre de la ermita, por significar en árabe cualquier fortín ó atalaya destinado á vigilar la frontera) y los demás habitantes del desierto pareció una repetición de la que hicieron en otro tiempo en Arabia las gentes de Medina acudidas por Mahoma á los demás habitantes de aquella península. Después de lo dicho anteriormente no sorprenderá saber que Abdallah consiguió su verdadero propósito en menos de diez años. El año 445 (1053) ó 447 (1055) pudo atacar con los berberiscos del desierto unidos la ciudad de Sidschilmasa. El santón estaba muy distante de contentarse con la dirección espiritual de sus partidarios y la conquista de nuevos adeptos. Para esto tenía ancho campo, no solamente junto al Senegal, sino también en el Magreb, porque en todo el Occidente africano había que expurgar muchos abusos religiosos, aunque en todas partes la gente se jactaba de vivir conforme al Corán y á las tradiciones admitidas por Melik.

Entre los abusos había uno cuya corrección fué saludada con júbilo por la masa de la población: el de los impuestos que cobraban en el Oeste los gobernantes, jefes senatas y otros de otras tribus afines, y que, como en casi todos los Estados mahometanos de aquella época, pasaban mucho de los límites fijados por el Profeta. Abdallah, el santón, pidió en este punto, como en todo lo demás, el cumplimiento literal de los mandamientos de Allah. Esto hizo más aceptable el puritanismo fanático y mezquino de Abdallah á los berberiscos, á cuya índole respondía ya por sí solo, y por lo mismo no puede admirarnos el sorprendente y rápido éxito que obtuvo.

Por lo pronto no tomó Abdallah posesión de Sidschilmasa para conservarla permanentemente, pero en 448 (1056) estaban Sus y las comarcas inmediatas en posesión de los hombres de Ribat y al año siguiente se apoderaron de Agmat. Al empezar la guerra santa contra los habitantes del Magreb había dado Abdallah á sus adeptos el nombre de *murabítin*, que quiere decir «gente del Ribat», es decir, gente que habita un *ribat* ó ermita, y que hace allí prácticas religiosas y lleva una vida ascética, tomando también si conviene una parte activa en los combates fronterizos y expediciones contra los herejes, descreídos y paganos. Hoy se dice en lugar de *murabítin*, *morabítos*. Los españoles, que no tardaron en tener que habérselas con estos nuevos sectarios mahometanos, corrompieron el nombre de «el-murabítin» en *almoravides*, cuyo nombre les han conservado los historiadores.

Abdallah fué siempre jefe espiritual de los almoravides, pero encargó la dirección militar á los hijos de Omar, los jefes de los lemtunas, primero Yahya, y á la muerte de éste, en el año 447 (1056), á su hermano Abu Bekr, que tuvo por auxiliar á un sobrino suyo llamado Yusuf Ibn Taxfin, ó como escribe Dozy, siguiendo la pronunciación francesa, Téchufin. Mas el verdadero jefe era desde 450 (1058) la mujer de Abu Bekr, llamada Seinab. Antes de tomar el jefe almoravide á esta mujer por esposa, lo había sido ella del rey ó emir de Agmat, que después de haber perdido su ciudad había continuado luchando contra los almoravides hasta su muerte. Entonces pasó Seinab al harem del vencedor, sobre el cual ejerció luego una influencia decisiva, principalmente en los asuntos militares y políticos, cosa más fácil tratándose de berberiscos y de mujeres de talento, que en otra parte alguna, como lo prueba también el caso de la reina sacerdotisa de Aurás. Abdallah, el fundador de la federación de los almoravides, pereció en 450 (1058) ó en 451 (1059) en la guerra contra los beregvas, tribu establecida al Sudoeste de Fez, cuyo territorio llegaba hasta el mar y cuya religión era una mezcla de mahometismo y de paganismo. Por un

momento pareció que la muerte del apóstol acarrearía la ruptura de la unión almoravide, á pesar de haber sido elegido inmediatamente en lugar de Abdallah un discípulo suyo; porque mientras Abu Bekr acababa de someter á los beregvas y emprendía seguidamente la lucha contra los senatas del Magreb, estallaron contiendas entre los grupos que se habían quedado en el desierto, y que pronto se hicieron guerra abierta. Abu Bekr decidió acudir inmediatamente al teatro de la lucha y restablecer el orden; pero su esposa (1), habituada á las comodidades de la civilización, no quiso seguir á su esposo al desierto y á las orillas del Senegal, y de una manera ú otra, quizás convenciendo á Abu Bekr de que el porvenir del movimiento almoravide estaba en el Norte de Africa, país que ella conocía perfectamente, logró inducirle á ir sin ella al Sur, y para no quedarse sola en el campamento, á darle carta de divorcio y casarla, á la expiración del plazo exigido por la ley, con su sobrino Yusuf Ibn Taxfin, encargado del mando en el Norte. Así se hizo en el año 453 (1061). Abu Bekr marchó á la patria de los almoravides, restableció el orden y para dar ocupación más digna á sus impulsos guerreros condujo á las tribus turbulentas contra los negros del Sudán y penetró con ellas en el interior del Africa hasta 90 jornadas más allá de la frontera almoravide.

Entretanto Yusuf continuó la guerra contra los senatas y las demás tribus del Magreb, mostrándose en los campos de batalla guerrero valiente, aunque no siempre gran general (2); pero en todo lo demás, en los asuntos políticos del exterior é interior de la nueva potencia, que creció con rapidez asombrosa, se dejó gobernar enteramente por Seinab, que estaba en contacto con los fakires, autoridades en materia eclesiástica, por cuyo medio las tribus almoravides permanecían fieles á la causa sagrada y al jefe que las dirigía. Seinab murió el año 464 (1071-1072) y á su muerte Yusuf, que se hacía titular emir, y sus sucesores quedaron bajo la influencia directa del clero. La nueva potencia estaba gobernada, pues, por una aristocracia teocrática y un militar investido del poder ejecutivo, es decir, presentaba una organización que tenía cierta semejanza con la primitiva del califato, y que daba al gobierno una fuerza inmensa, siempre aperebida y obediente, mientras no se enfriara el celo religioso de las tribus coaligadas, con las cuales no podían medirse las del Magreb, completamente desorganizadas desde la caída del califato de Córdoba.

Yusuf Ibn Taxfin, que reinó con el título de emir desde el año 453 (1061) hasta 500 (1106), fundó, para que fuese el centro de su gobierno, la ciudad de Marruecos en el año 454 (1062) y sometió en poquísimos años todo el Magreb; en 462 (1070) conquistó á Fez; en 470 (1078) cayó en desesperada pelea Sacot, señor de Tánger y antes lugarteniente hamudita de la misma ciudad; en 472 (1080) los almoravides entraron á saco la ciudad de Tremecen, y sometieron el Magreb central hasta Argel. Yusuf fué, lo más tarde desde el año 464 (1072), independiente de su tío Abu Bekr (3). Este, á su vuelta del Sudán al Magreb, quiso encargarse del mando supremo; pero Seinab, que entonces vivía todavía, excitó á Yusuf á no dejarse despojar de

(1) Sigo á Dozy: *Essai sur l'histoire de l'Islamisme, traduit par Chauvin*, Leiden, 1879, pág. 362.

(2) Como resulta de lo poco que se aprovechó más adelante en España de las victorias que alcanzó con su valor y el de sus guerreros.

(3) Porque en el año 464 murió Seinab. Ibn El-Athir no dice una palabra de la separación de Abu Bekr y de Seinab, pero dice que Abu Bekr murió en el año 462 (1069-1070) como jefe reconocido de los almoravides, y le sucedió en este puesto Yusuf. Lo demás no pasa de suposiciones.

la jefatura, y cuando Abu Bekr estaba ya cerca, salió Yusuf á recibirle á la cabeza de un ejército muy superior á las fuerzas que le acompañaban. Yusuf llevaba además un gran convoy de camellos cargados de ropas, víveres, tiendas y otros objetos. Al saludar á su tío, no se apeó de su caballo, como era el deber del súbdito é inferior, y cuando Abu Bekr le preguntó qué pensaba hacer con tantas tropas, contestó con decisión: «Servirme de ellas contra los que no quieran lo que yo quiero.» A la otra pregunta de su tío, respecto de los camellos cargados que llevaba, contestó: «Traigo para tí cuanto dinero, víveres y otros bienes poseo, á fin de que no pases necesidad en tu Sahara.» Abu Bekr comprendió aquella indicación terminante aunque hecha en frases corteses; no dudó que los fakires estaban completamente de acuerdo con ella y satisfechos del gobierno y de los triunfos de su sobrino, y desinteresado como la otra vez, regresó al desierto, donde gobernó á los almoravides de su región hasta su muerte, que, según un autor, ocurrió en el año 480 (1087). Entonces los almoravides del desierto reconocieron espontáneamente por soberano á Yusuf, que en los últimos decenios del siglo V (XII) pudo llamar suyo todo el Occidente del Africa desde Argel hasta el Senegal.

Ahora volveremos á tratar de los siridas, los descendientes de Boluggin, que un siglo antes había sido lugarteniente de los fatimitas en el Magreb, con el encargo de tener sujetas las tribus del Oeste á fin de que ni ellas ni sus protectores, los omniadas, pudiesen atacar el territorio propio fatimita. Para tratar de los siridas, hemos de volver á dirigir nuestra atención á las provincias de Africa y Sicilia en el punto en que las dejamos en la parte primera, es decir, cuando el emir kelbita Hasan Ibn Alí, de la familia de los Benu Ab-Husein, lugarteniente del fatimita Moisés en Sicilia, había recibido de éste poderes ilimitados para el gobierno interior de la isla, sin perjuicio de continuar siendo súbdito del fatimita, por cuyo mandato tomó parte en el año 344 (955) en la sorpresa de Almería. Era este Hasan Ibn Alí excelente administrador, y al mismo tiempo enérgico; trató rudamente á los cristianos, que en Sicilia tenían mejor posición que en ningún otro país mahometano por efecto de capitulaciones muy ventajosas. También hizo sentir la fuerza de su brazo á los bizantinos del Mediodía de Italia cuando sus ciudades en Calabria, tributarias de los mahometanos, se mostraron morosas en el pago del tributo (1). Durante su gobierno, desde 336-337 (948) hasta 354 (965), no cesó casi nunca la guerra por tierra y por mar; por tierra casi siempre en Calabria y en la Pulla desde 337 (948) hasta 349 (960); y una vez desde 962 hasta 965 entre Mesina y Taormina, cuando el emperador Niceforo Focas, envalentonado con la reconquista de Creta que acababa de realizar, envió un ejército al auxilio de los cristianos de la isla, cuyos derechos habían sido cercenados. Por mar efectuaban los buques de guerra mahometanos y bizantinos expediciones y desembarques siempre que las circunstancias parecían favorables para causar el mayor daño posible al enemigo, hasta que el valiente Ahmed, hijo de Hasan, destruyó completamente en 354 (965) en el estrecho de Mesina la escuadra de los bizantinos. En el mismo año murió Hasan y le sucedió

(1) Mi exposición de los conflictos entre los bizantinos y mahometanos en Italia y Sicilia discrepa en algunos puntos de la exposición y de los datos relativos á estos asuntos de Hertzberg en su *Historia de los bizantinos*, etc., que forma parte de esta obra; porque este autor no debió de tener á su disposición la obra de Amari: *Storia dei Musulmani di Sicilia*, vol. II, Florencia, 1858, que es la que me ha servido de guía respecto de estos sucesos. Entre otros errores diré de paso que Hertzberg hace dos personas de Ahmed-Akhal y Abulafar, mientras que ambos son una misma persona, etc.

su hijo Ahmed; en 356 (967) Moisés, por sí y por la Sicilia, hizo la paz con el gobierno bizantino para preparar la conquista de Egipto, y en 358 (969) llamó á su corte de Mahdiya á Ahmed con toda su familia, quizás porque el excesivo poder de este vasallo le causaba inquietud. En efecto, una sublevación de los árabes de Palermo contra la guarnición berberisca demostró que la familia kelbita había conseguido arraigarse muy sólidamente en la isla, tanto que el califa juzgó prudente confiar la lugartenencia á otro individuo de la misma familia, á saber, al hermano de Ahmed, Abu'l Kasim Alí, en el año 359 (970). Sin embargo, como garantía y como rehenes retuvo á Ahmed con un gran número de parientes suyos en Africa confiándoles elevados cargos primero en Mahdiya y más adelante en el Cairo, donde funcionaban todavía en el reinado de Hakim. Cuando el fatimita trasladó su corte de Mahdiya al Cairo nombró en 361 (972) lugarteniente suyo en las provincias de Africa y Magreb al sirida. El lugarteniente de Sicilia nada tenía entonces que buscar en Mahdiya, porque solo tenía que recibir órdenes del califa y dar sus descargos en el Cairo; de suerte que podía muy bien servir de vigilante para evitar todo conato del sirida de declararse independiente. Esta combinación dió excelentes resultados durante casi medio siglo, salvo algún conflicto de poca monta entre los lugartenientes y la corte del Cairo.

El sirida Boluggin, que gobernó la provincia de Africa desde el año 361 (972) hasta 373 (984) y el Trípoli desde el año 367 (977-978), supo hacer respetar su autoridad por los senatas y demás tribus del Magreb hasta más allá de Fez, después de haberles dado en repetidas campañas pruebas de su energía y decisión. Supo también imponer respeto al mismo Almanzor, el temido regente del imperio de Córdoba, y hacerle renunciar á toda empresa en Africa hasta encontrarse en situación completamente desembarazada. No fué tan afortunado su hijo El-Ansur, que le sucedió en el gobierno de Africa y lo tuvo á su cargo desde el año 373 (984) hasta 385 (995). Recupero por poquísimos años á Fez y Sidschilmasa; tuvo que sostener rudas luchas con los senatas, con los restos de los kitamas que no habían pasado al Egipto y con otras tribus, y ya vimos cómo su tentativa de oponerse á la creciente influencia que sobre los berberiscos del Magreb adquirieron los omniadas, poniéndoles en frente al edrisita Hasan Ibn Kanun, fracasó lastimosamente. Sucedióle en el gobierno su hijo Badis, que reinó desde el año 385 (995) hasta 406 (1016) en medio de grandes y constantes dificultades, sublevaciones de poca importancia y también muy serias, principalmente en el Sur y Oeste, y discordias en la misma familia sirida. Badis, aunque no era hombre malo, como aquel otro Badis que después reinó en Granada, tenía como gobernante sus defectos. Era en extremo receloso é indispuo contra sí por su desconfianza á las personas que más cerca tenía, entre otras á los hermanos de su abuelo Boluggin, Sawi y otros, que se sentían ofendidos porque Badis los postergó para favorecer á miembros más jóvenes de la familia. La sublevación que organizaron fué sofocada; muchos de los culpables, entre ellos Sawi, huyeron á España en el año 391 (1001), y allí hemos encontrado ya al último en Granada, donde fundó una dinastía sirida. De todos modos Badis, con la activa cooperación de Hamad, hermano de Mansur y excelente militar, logró sofocar todas las sublevaciones y cumplir accidental ó intencionadamente la misión que los fatimitas habían confiado á su familia, y si bien Badis poco caso hizo de la autoridad suprema de su soberano, el califa del Cairo, fué á lo menos nominalmente su súbdito.

Entretanto las cosas en Sicilia habían seguido su marcha natural no sin vicisitudes, pero de modo que esta avanzada de los fatimitas pudo prestar á su política en varias ocasiones

servicios importantes. La lucha por la preeminencia entre cristianos y mahometanos en el Mediodía de Italia, amen de otros conflictos, tuvo constantemente enemistadas las cortes de Constantinopla y del Cairo, hasta que se presentó en la escena un enemigo de ambas. Siendo el kelbita Abu'l Kasim lugarteniente del califa fatimita en Sicilia desde el año 359 (970) hasta 372 (982), se presentaron dos adversarios comunes al emperador y al califa, á saber: los hamdanidas de Alepo, cuyo territorio codiciaban el emperador bizantino por el lado Norte y el califa del Cairo por el Sur, y los Otones, que desde el Norte de Italia empezaban á extender su dominio hácia el Mediodía. La amistad que estos adversarios motivaron entre el emperador y el califa no podía ser nunca segura, porque habian de volver á su lucha de siempre los mahometanos y griegos en la Siria, y en Italia tan pronto como los alemanes se retirasen de Roma. A pesar de esto, se hicieron alianzas pasajeras entre unos y otros, pues antes de encargarse Abu'l Kasim del gobierno de Sicilia (968 = 357) tropas mahometanas pelearon en el ejército bizantino contra Pandolfo de Capua, aliado de Oton I, y en el año 372 (982) los musulmanes derrotaron cerca de Stilo, en el golfo de Tarento, á Oton II con su ejército. El valiente emir pagó su victoria con la vida; pero el emperador alemán tuvo que huir vergonzosamente y emprender la retirada á Roma. Como los alemanes por lo pronto no volvieron y como al propio tiempo el emperador bizantino y el califa se disputaron en el Norte de Siria los restos del territorio de los hamdanidas, no es extraño que también llegasen á las manos bizantinos y musulmanes en el Mediodía de Italia, como sucedió desde el año 376 (986) hasta 401 (1011), cuando los habitantes de aquella region, gimiendo bajo la administracion infame de los funcionarios bizantinos, llamaron á su auxilio á los sarracenos de la isla, que verificaron por tierra y mar continuamente expediciones hasta Bari, Benevento y Salerno. Fué aquella la época del apogeo de la familia kelbita, cuyos príncipes se hicieron llamar reyes por sus poetas cortesanos y hasta por sus súbditos, á pesar de que el mal gobierno de Schabir, el hijo de Abu'l Kasim, desde 372 (982) hasta 373 (983), habia inducido á sus generales á solicitar del califa su destitucion y el nombramiento de otro emir. En efecto, el califa nombró á Scha'afar Ibn Mohammed, que reinó desde 373 (983-984) hasta 375 (985-986), y pertenecía á la misma familia de los Benu Abi Husein. A éste sucedió su hermano Abdallah, que reinó desde 375 (985-986) hasta 379 (989), y á éste su hijo Abu'l Futuh Yusuf, que reinó desde 379 (989) hasta 388 (998). Estos tres príncipes sostuvieron la antigua fama de la familia, ya con sus hechos de guerra, ya con el brillo de su corte, y el fomento de la poesía, de las artes y de las virtudes y costumbres caballerescas. El que mas se distinguió fué Yusuf, cuyo corto reinado constituye el apogeo del dominio mahometano en Sicilia y de la prosperidad de sus habitantes.

Cercano estaba el tiempo en que debian sufrir casi todos los países mahometanos occidentales poco menos que simultáneamente un cambio fatal y súbito, despues de haber disfrutado en la segunda mitad del siglo IV (X) una prosperidad constante. La caída de los amiridas en 399 (1009) inició en España la ruina del imperio de Córdoba; en 405 (1014-1015) quedó dividido en dos partes, por una torpeza inconcebible de Badis, el imperio africano de éste, y en el mismo año 405 (1015) una revolucion de palacio fracasada destruyó el equilibrio de las fuerzas, que habia sido hasta entonces la condicion fundamental de la seguridad de Sicilia. Todo esto ocurrió en el mismo decenio en que la política fatal del califa Hakim socavó los cimientos del poder fatimita en Egipto y la Siria. El siglo que entonces empezó estaba des-

tinado á registrar en todas partes derrotas de los Estados mahometanos causadas por los cristianos, y empezó con la descomposicion interior que quitó á estos Estados su fuerza de resistencia á los ataques exteriores.

El puntal principal del dominio de Badis en la mitad occidental de su territorio era su tío Hamad, gobernador de Axir, la antigua capital de aquella region. Hamad habia humillado á todos los enemigos de su sobrino en innumerables combates, y consciente de su valer, tomó aires de independencia en su plaza fuerte de Alcalá, que habia construido cerca de la provincia llamada especialmente entonces Africa. Esto habria disgustado probablemente á todo otro príncipe menos receloso que Badis, pero de todos modos éste cometió una imprudencia inconcebible cuando en el año 405 (1014-1015) envió á su tío, sin haber tomado antes las disposiciones necesarias para hacerse obedecer, la orden de entregar á su hijo y sucesor presunto Moisés, que solo contaba á la sazón ocho años, la administracion del territorio de Constantina hasta cerca de Argel, que constituía una parte principal de la lugartenencia de Hamad. Este contestó declarándose independiente, y para hacer su posición mas fuerte hizo también independiente del califa de Egipto é introdujo en su territorio la doctrina sunnita como religion del Estado, con lo cual halagó á la mayoría de la población, que era enemiga de la doctrina siita de los fatimitas. Badis marchó con un ejército contra su tío rebelde, pero murió en el curso de la campaña, y los tutores de su hijo y sucesor Moisés no tuvieron mas remedio que hacer la paz con Hamad en 408 (1017-1018), reconocer su independencia y dejarle todo el país de Constantina hasta cerca de Tremecen, donde empezaban los distritos independientes del Oeste; es decir que Hamad se quedó con casi todo el Magreb central, situado entre la provincia de Africa propiamente dicha y el Magreb extremo. Allí reinó Hamad como soberano independiente desde el año 405 (1014-1015) hasta 419 (1028) y le sucedió su hijo Caid, que reinó desde el año 419 (1028) hasta 446 (1054-1055). Durante 140 años, poco mas ó menos, reinó esta dinastía sirida, una rama de la hamadita, siendo su capital primero Alcalá (El-Kalá) y despues Bidschaya, la Bugia de los franceses, ciudad fundada en el año 460 (1068). La historia de esta dinastía como la de todas las berberiscas consiste en continuas luchas con tribus indómitas, guerras de sucesion y otros sucesos por el estilo, con algunas guerras con vecinos, especialmente los senatas de Tremecen, los siridas de Mahdiya y Keirowan, sucesos que no vale la pena de estudiar. El hecho realmente importante es la debilitacion irremediable del poder de los siridas á consecuencia de la mencionada division territorial, y el ejemplo dado á los hombres que se hallaban colocados cerca del joven Moisés, por Hamad, al restablecer la religion sunnita y separarse de los califas egipcios. Desde que la familia fatimita volvió la espalda á la cuna de su grandeza, llevando consigo en su nueva senda sus afines mas adictos, perdió rápidamente la adhesion del resto de la población. En la provincia llamada Africa prevalecia entre los teólogos y en la masa del pueblo la misma corriente que imperaba en el Magreb, y Moisés, cuando no tenia mas de diez años, adoctrinado como estaba por los fakires, desencadenó en el año 407 (1016) el furor del pueblo contra los adeptos de la doctrina siita. Como en Mahdiya prevalecian las simpatías fatimitas, el joven soberano trasladó su residencia á Keirowan, que era partidaria de los aglabitas y habia sido siempre uno de los focos principales de las tradiciones ortodoxas antiguas. En las mezquitas se continuaba orando por los fatimitas, pero el califa Hakim con sus locuras quitó á esta prueba de autoridad toda la importancia que podia tener y aumentó la ani-

madversion general contra los pretendidos soberanos residentes en el Cairo. Las dificultades con que éstos tuvieron que luchar en Egipto, y que no pudieron ser vencidas en el acto ni despues de la muerte de Hakim, ocurrida en 411 (1021), no permitieron pensar siquiera en el restablecimiento forzoso de la autoridad fatimita en Africa; y el califa, al saber las persecuciones que allí ejercian los sunnitas contra los partidarios de la dinastía legítima, se limitó á exponer sus quejas inútiles al señor de Keirowan. Este y sus súbditos no tuvieron al parecer motivo de arrepentirse de haberse separado de los fatimitas ni de lamentarse de la pérdida de las provincias de que se habia apoderado Hamad. Moisés tuvo durante su largo reinado, que duró desde 406 (1016) hasta 454 (1062), muchos conflictos con sus primos, que se habian emancipado, pero en cambio éstos se encargaron de luchar con los berberiscos de Tremecen y Fez; y por lo demás eran los países de Keirowan y Túnez muchísimo mas ricos que los del Oeste. Luego, habiéndose hecho Moisés con los años hombre inteligente y calculador, para utilizar las prolongadas y accidentadas costas de su territorio, creó una bien pertrechada flota que fué para él un manantial de riqueza, como la que habia disfrutado en su tiempo el fatimita Obeidallah, y que despues durante siglos constituyó el gran recurso de los habitantes de aquellas mismas costas. La piratería fué, como puede pensarse, la ocupacion principal de la flota, y sus tripulantes no tardaron en ser dignos rivales de los corsarios de Mudschahid de Denia. Así, no obstante las pérdidas territoriales, el país regido por Moisés floreció tanto que despues de la descomposicion del imperio de Córdoba fué el Estado sarraceno mas opulento y poderoso de la cuenca occidental del Mediterráneo; solo que tuvo el inconveniente de estar completamente aislado y no tardó en experimentar los efectos de este mal.

El apogeo del poder de los emires de Sicilia fué seguido del principio de su decadencia, la cual se efectuó con mayor rapidez que la de otros potentados mahometanos. La Sicilia tuvo la desgracia de que en el año 388 (998) un ataque apoplético incapacitó para el gobierno á su bien intencionado regente Yusuf, que por lo demás no habia hecho las campañas de su reinado personalmente como sus predecesores. Esto no deja de ser ya indicio de un principio de debilitacion de la familia reinante y del lujo y vida voluptuosa de la corte de Palermo; pero la administracion interior, inteligente y acertada de este príncipe, dió al pueblo tranquilidad, seguridad y contento. La situacion cambió cuando en lugar del impedido regente tomó el gobierno de la isla su hijo Scha'afar, que reinó desde el año 388 (998) hasta 410 (1019) y obtuvo del califa Hakim, ocupado en sus fantasías siitas, carta blanca que le relevó de toda dependencia del califa con el título honorífico de *Tadsch ed-daula* (corona del imperio). Scha'afar se mostró luego cruel, indolente y avaro, con lo cual excitó muy pronto el descontento general, que se manifestó palpablemente en una sublevacion de la tropa berberisca mandada por Alí, otro hijo de Yusuf. La intontona fracasó y Alí pagó su atrevimiento con la vida, sin que las lágrimas del anciano padre alcanzasen el perdón de su hijo. Las tropas sublevadas tuvieron que emigrar al Africa. El emir quedó desde entonces enteramente en manos del elemento árabe, y como su avaricia y despotismo irritaron á los jefes militares, á los funcionarios civiles, al clero y finalmente á todo el mundo, succumbió en el año 410 (1019) á consecuencia de otra conspiracion que puso en el trono á otro hermano suyo llamado Ahmed con el sobrenombre de Akhal (ojo negro). Mas benigno que Scha'afar, hizo embarcar á éste con su padre decrepito para el Egipto, llevándose entre los dos 670,000 monedas de oro,

lo que puede dar una idea de la riqueza de la isla en aquella época, riqueza que estaba destinada á desaparecer muy pronto.

Ya en el reinado de Scha'afar habian sufrido las armas sicilianas reveses graves, en particular delante de Bari en el año 394 (1004); al año siguiente los pisanos destruyeron la escuadra siciliana en el estrecho cerca de Reggio, y despues los bizantinos siguieron rechazando mas y mas á los mahometanos. Despues vinieron algunos años en que la fortuna mejoró; en 422 (1031) las armas sicilianas alcanzaron nuevas victorias sobre los cristianos, y de gran valía fué el auxilio que por aquel tiempo ofreció Moisés, probablemente con la intencion oculta de indemnizarse en la bella isla de las pérdidas territoriales que habia sufrido en Africa. Las escuadras unidas de Sicilia y Africa emprendieron entonces expediciones asoladoras á las costas bizantinas; en 422 (1031) á Corfú, al año siguiente á las playas de Grecia; en 426 (1035) á las Cícladas y á la Tracia, y simultáneamente á Licia y las islas vecinas, y aunque los almirantes griegos derrotaron á los corsarios en todos los encuentros, el emperador Miguel IV juzgó prudente ajustar en 426 (1035) una paz en condiciones tolerables para hacer cesar la plaga.

Entre tanto habia llegado en Sicilia el principio del fin. El emir Akhal, para elevar el ejército, debilitado por la expulsion de los berberiscos, á la fuerza requerida por la situacion y las guerras, tuvo que aumentar los impuestos que gravitaban sobre los mowallades, descendientes de la antigua población cristiana antigua de la isla. Los así perjudicados se sublevaron capitaneados por Abu Hafis, otro hermano de Akhal, el cual, no viéndose con fuerza para hacer frente á una sublevacion general, tomó la resolucion desesperada de solicitar el auxilio de los bizantinos. Los rebeldes á su vez buscaron el del sirida Moisés, en 427 (1036), que envió sin perder tiempo á su hijo Abdallah con un cuerpo de seis mil hombres, los cuales en union con los sublevados dieron mucho quehacer á las tropas del gobierno. Entonces, Leon, el gobernador bizantino de la Italia meridional, pasó el estrecho y derrotó á Abdallah en 428 (1037); pero no se sintió bastante fuerte para continuar aquella campaña y se volvió á Calabria. Los sublevados y sus aliados obligaron á Akhal á replegarse sobre Palermo, donde sitiado en su castillo murió asesinado en el año 429 (1038). Abdallah se creia acaso ya dueño de la isla, cuando tuvo que habérselas otra vez con los bizantinos. El emperador Miguel, decidido á dar un golpe capital, envió á Maniaces, su mejor general, con un ejército compuesto principalmente de tropas mercenarias extranjeras, rusos y varangos del Este, italianos y normandos franceses acaudillados por el lombardo Arduino, que habian pasado del servicio del príncipe de Salerno al de Constantinopla. Estos vigorosos hijos del Norte vencieron á los musulmanes en todos los encuentros, como vencian siempre cuando sus contrarios eran meridionales civilizados, y por lo mismo menos robustos y esforzados que ellos. Se apoderaron de Mesina, los musulmanes perdieron la batalla principal cerca de Rametta en el año 429 (1038), y en suma, los bizantinos con este ejército conquistaron en dos años trece ciudades, entre grandes y pequeñas, hasta que su carrera victoriosa quedó detenida ante los muros de Siracusa. Esto dió tiempo á Abdallah para reunir un nuevo ejército, pero perdió con él la batalla de Traina en el año 431 (1040).

Los mahometanos habrian quedado expulsados para siempre de la isla si los bizantinos no hubiesen destruido sus propios triunfos con su insultante petulancia y altanería, defecto propio de los pueblos civilizados en frente de bárbaros. Maniaces, como inteligente general, miraba con desprecio á las tropas bárbaras, de quienes, sin embargo, necesitaba, y